



VIAJE A SUIZA

David Quiceno ⁶⁷

Lo peor de ser un inmigrante ilegal es precisamente eso: que eres un inmigrante ilegal, que estás donde no debes y por lo tanto eres lo que no deberías ser. No eres un colombiano porque ya no estás en Colombia, si te preguntan no eres nadie, un fantasma, o un suizo puro, dices, aunque no lo seas.

¿Suizo? Pues sí, suizo. Hoy en día todos se desviven por posar de americanos, por cruzar entre balazos la frontera mexicana, pero yo no; yo fui más inteligente. Mucho más, en realidad, muy pronto verán cuánto.

Para empezar, el sólo hecho de elegir Suiza es ya de por sí una genialidad, no porque aquí se gane el triple que en Estados Unidos y el resto de Europa sino porque Suiza es Suiza, un país que no espera inmigrantes, que no los considera, que no necesita siquiera vigilar su frontera porque los mojados desfallecen ante el cerco de los Alpes. Ah, no, llegar por tierra es imposible, hay que cruzar dos mares, tres países, tres o cuatro mil cercos, el último de ellos escarpado y pulido en nieve. Es imposible, digo; para entrar aquí hace falta ser genial. Y yo lo fui. Aunque la fortuna no me favorecía lo fui.

Y digo que la fortuna no me favorecía porque de haber sido mujer todo habría sido más sencillo: hubiera conseguido trabajo como sobrecargo de United Airlines, me hubiera acostado con dos o tres pilotos para convencerlos de incluirme en su planilla y ¡plum! como por arte de magia, las estrellas me habrían visto en Zurich, en la diestra una copa de Mersault y en la siniestra una raclette. Pero no, fui hombre, un hombre feo, para colmo. No feo feo desagradablemente feo sino lo suficientemente feo como para no poder seducir a la embajadora de suiza en Bogotá.

¿Qué hice, entonces? Al mejor estilo populista comencé desde abajo, desde la nada. Le pagué a un amigo, que a su vez le pagó a un amigo suyo que me recomendó muy encarecidamente con la esposa de un ejecutivo de Fedex que me dio trabajo. En la bodega, claro, Fedex no es la *United* y a los paquetes no se les sirve la merienda. Cargan en Bogotá unos tipos y descargan otros digamos en Miami. Los únicos que viajan son los pilotos, y los paquetes. Y a todas éstas yo no tengo ni las influencias ni el dinero para ser piloto. Me tocaba, pues, ser paquete.

⁶⁷ Estudiante de Administración de Empresas en la Universidad Nacional, sede Manizales. Si bien el presente escrito no es resultado de investigación y roza con el relato de ciencia ficción (¿lo es?), se incluye en el presente número de la revista por las reflexiones que pueda suscitar en torno al cuerpo de los emigrados, el cual hemos considerado de actualidad e interés para nuestros lectores.



No se crea, no es tan fácil como se oye, no basta con una tarjeta en la nariz que diga: envíenme a Suiza. Hace falta un plan, y mucho empeño. El mío se fue gestando poco a poco, trabajo duro, noches de insomnio, días de estudio. Comencé, como dije, recibiendo cajas; pero recibir cajas no me servía para nada. Luego fui embalador, luego recolector, luego vigilante y luego, por fin, supervisor. El supervisor, ya se verá aquí el primero de mis geniales actos, es quien imprime el sello de aprobación en los paquetes. No es cualquier sello, es un holograma adhesivo de una bandada de palomas que sólo maneja Fedex. Y yo, bueno, me robé uno.

Pero aún con el sello en mi poder la cosa no era como meterse en una caja e ir de polizonte. Hay escáneres, hay cámaras y hay perros que bien o mal no son tan brutos. Los perros se confunden con naftalina, eso estaba resuelto, pero ¿y los escáneres? Con plomo, claro, pero yo no soy una bala, ni me puedo recubrir de plomo, me habría envenenado en pleno viaje. Ah, y aquí mi plan, mi plan genial: trabajé mucho, muy duro y todos los días. Ahorraba cada centavo y mientras tanto, ¿qué? Estudiaba alemán, Suiza no es Roma, no es Babel, un colombianito con acento paisa no pasa desapercibido. Estudiaba alemán, francés y etiqueta, ¿qué ruido no haría en la catedral de Ensigner un indiecito con los bigotes de Cantinflas? Como un avión afgano sobrevolando *Times Square*, me imagino.

Poco a poco, paso a paso me volví elegante, no fascinante pero sí elegante, pulcro. Trabajé y ahorré muchísimo, compré un Hublot y un traje Paco Rabbane, y un televisor de ochenta y dos pulgadas. ¿Para qué? Para pintarlo con pintura gris de plomo. Un televisor gris no es nada del otro mundo, pero hay que legalizar la exportación. Después de tanto trabajo, de retirar uno a uno los circuitos y de construir en el interior una cavidad perfecta para mí, para mis trajes y mil francos casi me detienen los trámites de aduana. No podía argüir que se lo enviaba por caridad a los niñitos moribundos de Locarno, ¿cierto? Habría rezado, pero no soy creyente. De todos modos, me aprobaron el trámite.

Así fue que un día, más exactamente una semana después de haber renunciado a mi trabajo, llamaba yo a la oficina de Fedex para que recogieran una enorme caja, ya sellada, ya pagada, que voló directo a Suiza.

El avión, un portentoso Boeing 7-37, hizo las mismas dos escalas de siempre, la primera en Panamá y la segunda en Estocolmo, donde casi se podía sentir el aroma libre de una tierra sin espíritus. Pensé bajarme, pero vencí la tentación y conforme a lo planeado continué volando hasta Ginebra.

Me había enviado a la mansión del conde Bertil Jacobsson, un oscuro académico con una retinitis pigmentosa tan avanzada que a simple vista no hubiera podido distinguir un buen televisor de una nevera. Fue por esto que, casi a la medianoche de un viernes neblinoso, pude salir por la puerta principal y respirar el aire puro de la gélida Ginebra.

¿Qué es lo primero que se siente al llegar? Ya lo dije al principio: delirio, delirio de ser un ilegal, de estar donde no debería estarse; se ven, se imaginan policías en todas las esquinas y uno, sin saber siquiera cómo carajos es un policía suizo, se esconde, vigila y huye. No se atreve a



hablar con nadie hasta que no recuerda que no está en el Bronx, hasta que no se acostumbra a que no pase nada, a que no haya policía porque todos saben exactamente qué deben hacer. Se vive, se siente delirio y frío, mucho frío, a cuatro grados centígrados la garganta se congela con un bostezo, la garganta de un colombiano, digo, porque ver a los suizos es otra cosa, caminando por las calles como autómatas, no los detiene la neblina, ni la escarcha ni el granizo, parecen impenetrables y son, en efecto, imperturbables. Eso es lo primero que lo impacta a uno: todo está calculado de antemano, cualquier interrupción, cualquier desgaste innecesario de los sentidos resulta escandaloso. El paraíso para alguien riguroso, el infierno para alguien medianamente vivo. Conseguir trabajo es lo mismo, impresionante, llega uno al laboratorio -en Suiza los laboratorios proliferan como en Colombia digamos los estanquillos; eso sí, lo difícil es hallar un estanquillo- y lo recibe un hombre uniformado con una especie de overol cerrado de color añil. ¿Nombre, número, experiencia, cargo al que aspira? Mientras uno responde él va anotando, cuando termina se marcha por una puerta de vaivén y vuelve diez minutos después diciendo: mañana a las siete de la mañana, como si estuviera predestinando que el sol va a salir de nuevo, como si dijera que las aves vuelan. Siendo buen colombiano su servidor llega a las siete y media y nadie se da por enterado, las cosas siguen, la máquina es perfecta y no sufre si le falta o le sobra un engrane. Cree uno que está en Colombia, que se ha salvado del regaño pero no, a la salida encuentra el memorando en un refinado *hochdeutsch*, se extiende por dos páginas y dice en síntesis que se amonesta por no llegar peinado al puesto de trabajo, porque la corbata estaba mal anudada y los zapatos insuficientemente lustrados.

A estas alturas el pánico se ha disipado y empieza uno a ser presa de la monotonía, conoce Ginebra de palmo a palmo, el mismo río Ródano que divide la ciudad en las dos mismas partes, en el *Théâtre de la Comédie* se reproduce por nonagésima vez el Demian de Herman Hesse o los tonos del yodel que interpreta Hackbrettklang, ha visitado cuando menos tres veces el barrio de *Les Délices* y se ha aprendido de memoria la fachada de la casa donde vivió, entre 1755 y 1758, el destructor de sueños que se llamó Voltaire. Cocinar se convierte en la parte divertida del día, se acostumbra uno a no salir después de que por quinta vez el mesero al servir la comida dice *En Guete* y se retira sin interlocución alguna. De cuando en cuando, claro, se puede hallar alguien con quién conversar, pero esto resulta todavía más deprimente que no hacerlo: los diálogos parecen mucho más operaciones aritméticas. Propone uno una fiesta y lo ven como a un criminal, si propusiera completar integrales o demostrar la serie de Taylor seguramente lo verían con mejores ojos. Regresa derrotado a su modesto pisito en *Le Carouge* y no hace nada, porque le parece que ya nada puede hacerse. Ganar dinero y ver al cielo, como mucho. Leer los diarios es igual de inútil: la primera plana está siempre llena de bocinazos, de camiones que frenaron intempestivamente en tal o cual esquina. De repente hay un robo y el país se commociona, la señora Rousseau sufre un pre-infarto porque no puede creer que se le hayan extraviado cinco platos, nadie sabe cómo y todos juegan a Holmes y Watson para descubrir, una semana más tarde, que la querida señora Rousseau sufre de alzhéimer y ha olvidado que los vendió en un bazar cuando vivía en Berna. Es difícil, pero uno termina por acostumbrarse, es más, termina por amar, por amamantar a la rutina.

Después del aburrimiento llega la admiración, quiere uno ser cada vez más suizo, menos cholo y empieza a comprender que todo tiene un sentido, que Suiza es el mundo de Nietzsche, el mundo de los superhombres que aprovechan al máximo su vida. Comienza a darse cuenta de



que las multas por mezclar en la basura el papel y el plástico no son gratis, de que los suizos en realidad son admirables, semiperfectos, semidioses. Comprende entonces que los relojes en realidad tienen la fama de sus habitantes, Tissot, Tag Heuer, Chopard y Swatch no dicen menos de lo que dicen Appia y Giacometti. Allí puede por fin encontrar las cosas buenas, cuando se empieza a ser un verdadero suizo. Aguarda con ansias a que llegue el *Banntag* para poder revisar los mojones de su propiedad y bendecir los campos, ese día incluso se despeina un poco y se permite sonreír, aunque ya muy falsamente. Revisar, deducir, aprovechar: la vida se convierte en eso, un cálculo monótono, sí, pero perfecto. Y encuentra, además, formas de no morirse, de no sentirse muerto, de romper la rutina. Aprende a gustar del alpinismo, de la pesca y del schwingen. Entonces comprende que hace parte del paraíso, de un gélido paraíso muy parecido a la felicidad, a la calma.

Se convierte, por fin, en un puro suizo.

Y un verdadero suizo sabe exactamente qué hacer, sabe que las cosas deben estar donde deben estar. Cuando se es un verdadero suizo se comprende que hay que volver adonde se pertenece, al caos, para poder, precisamente, decirse un verdadero suizo. Recoge todo lo que tiene, separa un pasaje a las nueve de la mañana con destino a Bogotá, Colombia, sube al avión y completa el periplo.